

a los tímpanos del día.
Y la ciudad, en un trípode
de ficus, sucia, cueriza,
era una Kodak revieja
que enfocaba a los bañistas.

Góngora bizquea, fraile,
subiendo la escalerita
que asciende a la enredadera
que toca sus campanillas.
Se van a casar los novios,
Fabio él, ella Amarinda,
él pastor, pastora ella,
pastores de olas estivas.

—Bajo robres de follaje
de asperjes de agua marina
y troncos de remolino
de la resaca marítima.

El casamiento de burla
suena, huele y ya se mira
bajar por oscuridades
a la huidera matina.

(En una tromba celeste,
todas las aguas subían,
paquidermas, elevando
una pelota amarilla.

—Febo, redonda color
que en los ojos se deslinda,
fugado en curvas cerradas
de concéntricos bañistas...)

En cabeza de cordero,
bala mamá eglogicísima,
avellonada de espuma,
cornuda de preterida.

Sube Góngora, sotana,
crujiendo la escalerilla
y pensando anacronismos
que se le escapan arriba.
Maletín de hule en la mano
y estilada la sonrisa
hasta volverse latín
de gramática latina.

Los zapatones le manan
agua de gru a clarísima
al resbalársele en musgos
de tentación ambarina.

Doctor en Humanidades,
casado con su sortija,
que se le aviuda y aprieta,
deseosa de amatista.

Le pesa el dedo anular.
porque todo en él se anilla
el horizonte del mundo,

redondo de noche y día.

—Piedra, ni blanca ni negra—:
¡la dura esmeralda prístina
del mar que talló Balboa,
y aun con manchas de bañistas!...

Góngora, soltero, sube,
ya sin sintaxis, arriba;
cruje el peldaño, cruje él,
madera y anatomía.

Se le aforan cuatro pelos,
untados de brillantina,
nuncios de calva perfecta,
santa, sucia, sapientísima.
Y sobre don Luis de Góngora
bate las alas fatídicas
el sombrerazo de paja,
cuervo de plumaje a tinta.

Cae, moral y en sentencia,
una ola encanecida,
ahuecando la garganta
y tapando pantorrillas.

Nadadores capitales
del estuario se deslizan
como en hielo, a la carrera
de frutas desfavoridas.

Naranjas bimaternales,
panzabájo, panzarriba,
zuman jugos de Teresas,
abren gajos de Lucilas...

Ruge el mar, embotellado.
con marcas, en la cantina;
tiembla el establecimiento
de baños; don Luis vacila
Gravidad del meridiano,
lámpara del mediodía,
aceite que flota en agua,
y el sol, la mecha encendida.

(En la rodaja de corcho,
dársena de solterías,
con nada más que los dedos,
a Fabio pescó Amarinda).

Sobre el fusco tormegal
donde antes el mar batía,
se secan al sol los novios
y toda la comitiva.

(La novia se restañaba
sangre de nupcial herida
que de espesa malla roja
por los muslos la vestía.
Y el novio se estaba, idiota,
con la fruta prohibida
en las grandes manos trémulas,